

con todo lo demás disimulaba, lo mismo hacen ellos; no quieren ó piensen cargarme las cabras y salirse afuera, que les prometo que los entiendo y los entienden; y aun es lo peor que, cuando me van ir por la calle muy galán, con el cintillo en el sombrero de piezas y piedras finisimas, me decían á las espaldas, y aun tan recio que pude bien oírlo: bellos pitones lleva Guzmán; bien se le lucen; y algunos dellos que me lo decían, quizás me los enviaban, y otros no se los van, pero viánselos á ellos. Nuestro extranjero compró nuestra libertad, y tenía tanta, que ya en mi posada no hacia otra sino la suya; pero yo siempre sustenté mis treces llevándolo en mi amistad, haciéndome del honrado.

Como la espuma crecían los bienes en mi casa: colgaduras de invierno y verano, tapices de Bruselas, brocados, damascos, camas de damasco, pabellones, colchas, alfombras, almohadas del estrado, y otros muebles dignos de un señor; pues la mesa que tuve y casa que sustenté, no creo que bastaran dos mil ducados al año: y cuando me daba gusto volver loco al patron, cuando habíamos comido (que lo solía hacer algunas veces, en especial días de fiesta), mandaba yo sacar sobre mesa la guitarra, y decíale á mi mujer: «por tu vida, Gracia, que nos cantes un poco», que de otra manera por maravilla la tomaba. En mi presencia, en cantar (que aunque sabía ella que yo lo entendía y nada ignoraba, guardábame siempre mucho aquel decoro) recatábase cuando podía de que yo viese cosa de que me afrentase, y quedase obligado á la demostración del sentimiento. Cada uno de nosotros nos entendíamos, y los unos á los otros, no dándonos por entendidos, ni dello jamás tratábamos. Al buen señor le gastábamos muchos de los bellos escudos; yo me trataba como un príncipe, rodaban por la casa las piezas de plata, en los cofres no cabían las bordaduras y vestidos de varias telas de oro y sedas, los escritorios abundaban de joyas preciosísimas, nunca me faltó que jugar, siempre me sobró con que triunfar, y con esto gozaban de su libertad; porque como yo sintiese que no convenia entrar en casa (lo cual sabía por ver que tenía cerrada la puerta), pasaba de largo hasta parecerme hora, y viendo que la tenía abierta, era señal que pasaban el tiempo en buena conversacion; entrábame allá, y parlábamos todos.

¿Ves toda esta felicidad, esta serenidad y fresco viento? ¿Ves aquesta fortuna favorable, risueña y franca? Pues no sucedió menos que con todo lo mas en que tuve malos medios, ni creo que alguno pueda escaparse sin borrascas tales, de cuantos navegaren este océano. A la fama de tanta hermosura y de tanta licencia, la tomaron algunos príncipes y caballeros que olieron el tocino; paseos van, recaudos vienen, aunque nunca, segun creo, se les hizo amistad ni se dió causa con que nuestro dueño se ofendiese: con todo eso, viéndose perseguido y conquistado de otros mas poderosos en hacienda, linaje y galas, andaba celosísimo, perdía el juicio, quiso á los principios esforzarse á competir con ellos, haciendo franquezas extraordinarias con dádivas de mucho precio, que importaron millares de ducados; mas cuando vió que no podía pleitear contra todo poder, ni resistir á tanta fuerza, sin hacérsela nadie, sin causa, y sin mas de su consideracion, se fué retirando de sola una sombra. ¿Qué de veces consideraba yo este negocio, qué despeitado iba en seguimiento de una torpeza con tan estraña costa y tanto sobresalto! Reíame dél y de su poco entendimiento, cómo si una de las criadas de mi casa llegara pidiéndole cualquier cosa de mucho valor, se la diera con mucho gusto, y si acaso llegara un pobre á pedirle medio real por Dios, lo negara.

Todos tuvimos nuestro pago: el señor á quien servimos, por enriquecernos, quedó pobre; nosotros por mal gobierno no fuimos ricos, y juntos dimos en el suelo. *El hombre comenzó á huir, y los otros á perseguir;* que

cuanto tienen de señores los que lo son, tanto tienen de libres en lo que pretenden, y sobre todo quieren que por su sola persona se les postre todo viviente. Quisiera yo decir ó preguntar: señor, ¿qué te debo, qué me das, de qué me vales, para que quieras que te sirva con obras, palabras y pensamientos? Y sobre todo, ya con lo que mal pagan, también maltratan con una sequedad, con una soberbia, como si fuera deuda porque me pudieran ejecutar. Su licencia fué tanta, su trato tal, que á pocos dias dimos en manos de la justicia. Supo lo que pasaba un ministro grave, y hizo como cuando asentó el leon compañía con los mas animales; que habiendo cazado un ciervo, lo adjudicó todo para sí: desta manera se levantó con ello, y para hacerlo con un poco de color, comenzó un poco de estruendo, como que nos quería hacer una causa. Yo, cuando lo supe, acudí á él formando quejas que semejante agravio, haciéndome de los godos; y él, que otra cosa no deseaba, me hizo todo buen acogimiento, sentóme á par de sí, preguntóme de qué tierra era, díjele que de Sevilla. «Oh! dijo, ¿de Sevilla? la mejor tierra de todo el mundo.» Comencéme á tratar della, engrandeciéndome sus cosas, como si de aquello me resultara honra ó provecho. Preguntóme, que quiénes habian sido allí mis padres, y cuando se los nombré, dijo haber sido sus grandes amigos y conocidos; refirióme cierto pleito que siendo él allí juez habia sentenciado en su favor; y díjome, que tenía por cierto aun ser mi madre viva, porque la conoció mucho en sus mocedades: tanto me dijo que solo le faltó hacerme su deudo muy cercano. Harto lo esperaba yo cuando tan particulares cosas me decia y señas me daba, y entre mi decia: todo lo pueden los poderosos; y acordéme de cierto juez, que habiendo usado fidelísimamente su judicatura, y siendo residenciado, no se le hizo algun cargo de otra cosa que de haber sido muy humanista; lo cual como se le reprehendiese mucho, respondió: «cuando á mí me ofrecieron este cargo, solo me mandaron que lo hiciese con rectitud, y así la cumplí; véase toda la instruccion que me dieron, y donde se trata en ella de que fuese casto, y háganme dello cargo.» De manera, que porque no lo llevan dicho espresamente, les parece que no van contra su oficio, aunque barran todo un pueblo: como lo hizo cierto juez, que habiendo estрупado casi treinta doncellas, y entre ellas una hija de una pobre mujer, cuando vió el daño hecho, le fué á suplicar que ya pues la tenía perdida, se la diese, porque no se divulgase su deshonra; y sacando él un real de á ocho de la bolsa, le dijo: «hermana, yo no sé de vuestra hija; veis ahí esos ocho reales, decidlos de misas á san Antonio de Padua, que os la depare.» Ahora bien, mas yo no sé á quién esto le parece bien. Pierdo el seso del poco castigo que se hace por delitos tan graves. Mandóme ir á mi casa, ofreciéndose de hacerme merced, y que tendría mucha cuenta con lo que se me ofreciese; que bastaba ser de Sevilla y hijo de tales padres, para que con muchas veras acudiese á mis negocios.

Con esto me volví, y á pocos dias estábamos á solas mi mujer y yo bien descuidados; veis aquí una noche que andaba de ronda, se llegó á nuestra puerta, y haciendo llamar á ella, preguntaron por mí, pidiendo para su merced un jarro de agua. Entendíle la sed que traía, supliquéle con instancia que me hiciera merced en beberla sentado; él no deseaba otra cosa; entró, y dándole una silla, le sirvieron una poca de conserva, con que bebí. Comenzó la conversacion de que venia cansadísimo, y que habia visto aquella noche mujeres muy hermosas; empero que ninguna tanto como la mía. Dijo que la loaban mucho de buena voz; yo le dije que pidiese la vibuela, y pues dello gustaba su merced, que cantase alguna cosa; hizolo sin algun melindre, pareciéndonos á entrambos que seria de mucha importancia tener granjeado un tan buen personaje por amigo, para lo que allí se nos pu-

CAPÍTULO VI.

Llegan á Sevilla Guzmán de Alfarache y su mujer; halla Guzmán á su madre ya muy vieja; vase su mujer á Italia con un capitán de galera, dejándole solo y pobre; vuelve á hurtar como solía.

Como los que se escapan de algun grave peligro, que pensando en él siempre, aun les parece no verse libres, me acuerdo muchas veces (y nunca se me olvida) mi mala vida, y mas la del discurso pasado; el cual estado, poca honra, falta de respeto que tuve á Dios todo aquel tiempo que seguí tan malos pasos, admirándome de mí que fuese tan bruto, y mas que el mayor de los hombres, pues ninguno de todos los criados en la tierra permitieron lo que yo, haciendo caudal de la torpeza de mi mujer, poniéndola en la ocasion, dándole tácita licencia, y aun espresamente mandándole ser mala, pues le pedía la comida, el vestido y sustento de la casa, estándome yo holgando y lomi-enhiesto. Terrible caso es, y que pensase yo de mí ser hombre de bien ó que tenía honra, estando tan lejos della y falto del verdadero bien. ¿Que por tener para jugar seis escudos, quisiese manchar los de mis armas y nobleza, perdiendo lo mas dificultoso de ganar, que es el nombre y la opinión! ¿Que profanando un tan santo sacramento, usase de manera dél, que, habiendo de ser el medio para mi salvacion, lo hiciese camino del infierno, por solo tener una sola desventurada comida ó por un triste vestido! ¿Que me pusiese á peligro, que á espalda vuelta y aun rostro á rostro me lo pudiesen dar por afrenta, obligándome á perder por ello la vida! Que un hombre no pueda mas, que lo sepa y disimule, ó por el mucho amor, ó por el mucho dolor, ó por no dar otra campanada mayor, no me admira; y no solamente pudiera no ser esto vicio, mas virtud y mérito, no consintiéndolo ni dando favor ó entrada para ello; mas que como yo no solo gustaba dello, mas que si necesario era les echaba, como dicen, la capa encima, no sé si estaba ciego, si loco, si hechizado, pues no lo consideraba, ó cómo si lo consideré, no le puse remedio, antes lo favorecía.

¿Oh loco, loco, mil veces loco! ¿Qué poco se me daba de todo, sin reparar en lo que se me compadecían honra y mujer guitarrera, ni que diese solas á otros que á mí con ella! Suelen los hombres para obligar á sus damas darles músicas, y cantarles en las calles: pero mi mujer enamoraba los hombres, yéndoles á tañer y á cantar á sus casas. Bien claro está de ver, que tales gracias de suyo son apetecibles; ¿pues cómo convidando con ellas no me las habian de codiciar? ¿Qué juicio tiene un hombre que á ladrones descubre sus tesoros? ¿Con qué descuido duermo, ó cómo puede nunca reposar sin temor que no se los hurten? ¿Que fuese yo tan ignorante, que ya que pasaba por semejante flaqueza, viniese por interés á dar en otra mayor: loar en las conversaciones, en presencia de aquellos que pretendían ser galanes de mi esposa, las prendas y partes buenas que tenía, pidiéndole y aun mandándole que descubriese algunas cosas ilícitas, pechos, brazos, piés, y aun y aun (quiero callar, que me corro de imaginarlo), para que viesen si era gruesa ó delgada, blanca, morena ó roja! ¿Que ya todo anduviese de rompido, que aquello que en otro tiempo abominaba, con el uso y frecuentacion se me hiciese fácil y entretenimiento! ¿Que le consintiese visitas, y aun se las trujese á casa, y dejándolas en ella, me volviese á ir fuera, y sobre todo quisiese hacerlos tontos á todos, para que me diesen á entender que creían ser aquello bueno y lícito, siendo depravado y malo! ¿Que la hiciese salir á solicitar comisiones, y buscame ocupaciones á casa de personajes que la codiciaban, y que me diese por desentendido de la infamia con que á su casa volvía con ellas ó sin ellas! ¿Que dándole tantos banquetes, joyas, dineros y vestidos, quisiera yo creyese se los daban á humo muerto y por sus ojos vellidos, por amistad sola, sencilla, sin doblez y sin otra pretension! ¿Qué puedo responderme, ó qué se podía esperar de mí,

diese ofrecer. El hombre quedó pasmado de verla y oírlo, y cuando se quiso ir, me mandó que lo visitase á menudo. Despidióse, y quedámonos tratando de cosas pasadas, y cómo por las venideras nos venia tan á propósito aquel favor, con quien seríamos tenidos y temidos.

Yo lo visité algunas veces; y uno de los dias que iba mas descuidado de cosa que me lo pudiera dar, me dijo: que pues él estaba vivo, ¿por qué no quería con su calor tratar de alguna comision que me fuese honrosa y provechosa? Respondíle, que le besaba las manos por merced semejante; mas que por no causarlo, no habiéndole en algo servido, no trataba dello. Entonces, vendiéndome las amistades de mis padres (aunque mas era por ganar la de mi mujer), me ofreció una comision, diciendo que me seria muy provechosa. Díle por ello las gracias, que fueron principio de todas mis desgracias; porque dentro de dos dias me puso los papeles en la mano, con órden que fuese á hacer cierta cobranza por el consejo de hacienda, la cual sacó (pidiéndola para mí) de un su gran amigo que asistía en aquel tribunal, diciendo serlo yo mucho suyo, y persona benemérita, digna de cosas muy graves, cual se veria por la buena satisfacion que daría de mi persona y negocios. Cuando la tuve despachada, salí de mi casa bien contra toda mi voluntad, porque llevaba ochocientos maravedis de salario; y para quien como yo estaba tan mal acostumbrado á buena mesa, no tenía para comenzar á comer con ellos, cuanto mas para poder aborrazar, que traer ó enviar á mi casa; empero érame ya forzoso hacerlo; callé, y tomélo por escusar mayores daños. Partime y perdíme, porque le pareció al señor, que con mercedes ajenas habia de ganar esclavos que le sirviesen; y que de aquellos ochocientos maravedis pudiera repartir con mi mujer, sustentándose ambas casas, y aquello nos bastaba por paga, con que no solo habia de ser franco de pecho y de todo derecho, empero que no se habia de mirar al sol, ni recibir visitas mas de la suya. Quiso ser tan juez de mis cosas y apretarlas tanto, que morían de hambre, y se iban cada dia vendiendo las alhajas para sustento.

No le pareció buena cuenta ni aun razonable á mi huésped, ser mucha la sujecion y poca la provision. Comenzó á rozarse la primera, también falseaba la tercera, que era una su muy grande amiga, porque pensó sacar deste mercado muy buenas ferias; y cuando el señor sintió la mala consonancia, pareciéndole que con mi presencia se remediaria todo, hizo que no se me diesen mas prorogaciones, y que me mandasen venir á dar cuenta de lo hecho. Hicieronlo, y volví muy de mejor gana de la con que fui, porque volví empeñado, y hallé mi casa gastada. El creyó que mi presencia fuera parte para el remedio de su gusto, y salióle al revés; porque con mi presencia creció el gasto y la libertad para poderlo hacer. Hallóse rematado, sin saber cómo mejor negociar, y pareciéndole que ninguna cosa ya haría tanto al caso como el rigor, para cogernos por ceca, cruzadas las manos, y con lágrimas le fuémos á pedir misericordia, trató con sus compañeros de hacernos desterrar, y así nos lo notificaron. Yo hice mi cuenta: este señor lo pretende ser tanto, que quiere que yo le sustente la casa y el gusto, vendiendo lo que con muchas afrentas y trabajos he adquirido; pues quedar no puedo, si me falta la libertad con que ganarlo, menos mal será obedecer, que aunque para nosotros es duro, para ellos será doloroso: si nos quebramos un ojo, le sacamos á él dos, pues le falta la cuenta que hizo, y le sale al revés el pensamiento. Demás desto, al fin de aquel año se cumplieron los diez en que habia de pagar á mis acreedores; vino me todo á cuenta. Ya yo sabia estar mi madre viva; hice alquilar un coche para nuestras personas, y dos carros para llevar la hacienda y gente, dejando la corte y cortesanos, pareciéndonos de mas importancia los peruleros; calladamente me vine á Sevilla.

que no solo lo consentía, mas juntamente lo causaba? Tuvo mucha razon el que viéndome algo medrado en Madrid, en la cárcel y en mi presencia, dijo: «veisme á mi aqui que ha tres años que estoy preso por ladron, por falsario, por adúltero, por maldiciente, por matador, y otras mil causas que me tienen acumuladas, que con todas ellas muero de hambre, y el señor Guzmán con solo dar á su mujer una poca de licencia, vive libre, descansado y rico.» ¿Qué podreis creer que sentí? ¡Oh, maldita riqueza, maldito descanso, maldita libertad, y maldito sea el dia que tal consentí, ya fuese por amor, por necesidad, por privanza ó algun otro interés! Mas para que se conozca el paradero que tiene todo lo que así se granjea, y el desdichado fin de tales gustos, contaré mis desdichas, discurso de mi amarga vida y en mi mal empleada.

Caminábamos á Sevilla, como dicen, al paso del buey, con mucho espacio, porque se le mareaba en el coche una falderilla que llevaba mi mujer, en quien tenia puesta su felicidad y era todo su regalo; que es cosa muy esencial y propia en una dama uno destes perritos, y así podrian pasar sin ellos como un médico sin quantes y sortija, un boticario sin ajedrez, un barbero sin guitarra, y un molinero sin rabelico. Cuando allá llegamos, con el deseo de aquellos peruleros y de ver nuestra casa hecha otra de la contratacion de las Indias, barras van, barras vienen, que pudiera toda fabricarla de plata, y solarla con oro; ya me parecia verlos entrar asobarcados con barras, las faltrigueras descosidas con el peso de los escudos y reales, todo para ofrecer al ídolo; con aquello me vengaba del que nos enviaba desterrados, y entre mí le decia: ¡oh, traidor, que por donde me pensaste clavar te dejé burlado! A tierra voy de Jauja, donde todo abunda, y las calles están cubiertas de plata; donde luego que llegue nos vendrán á recibir con palio, y mandaremos la tierra.

Con estos y otros tales pensamientos, al emparejar con San Lázaro, se me refrescó en la memoria cuanto allí me pasó cuando de Sevilla salí; vi la fuente donde bebí, los poyos en que me quedé dormido, las gradas por donde bajé y subí, vi su santo templo, y desde acá fuera dije: «¡ay, glorioso santo! cuando de vos me despedí salí con lágrimas, á pié, pobre, solo y niño; ya vuelvo á veros, y me veis rico, acompañado, alegre y hombre casado.» Representóseme de aquel principio todo el discurso de mi vida hasta en aquel mismo punto; acordéme de la ventera y venta donde me dieron aquella buena tortilla de huevos, y el machuelo de Cantillana; mas ya lo habia dejado á la mano derecha; entré por aquella calzada real, dimos vuelta por el campo, cercando la ciudad hasta el meson de los carros, donde por fuerza los míos habian de parar; y como todos aquellos eran pasos muchas veces andados en mi niñez, y tierra conocida donde recibí el ser, alegróseme la sangre, como si á mi madre misma viera. Reposamos allí aquella noche muy bien; mas á la mañana me levanté con el sol para buscar posada y despachar mi ropa del aduana, y también á procurar si por ventura hallase á quien de mi madre nos dijese; mas por buena diligencia que hice, no fué de provecho ni della hallé rastro; creí hallarlo todo como lo habia dejado; mas aun sombra ni memoria dello habia, que unos mudados, ausentes otros, y los mas muertos, no habia piedra sobre piedra.

Dejélo hasta mas de propósito por la priesa que tenia entonces de acomodarme; y andando buscando adonde vi una cédula sobre la puerta de una casa en los barrios de San Bartolomé; hice que me la enseñasen, vila, y parecióme buena por entonces; concértela por meses, y pagando aquel adelantado, hice pasar á ella toda mi ropa. Descansamos dos dias comiendo y durmiendo, hasta que ya le pareció á Gracia que no era justo haber llegado á ciudad tan ilustre, de tanta fama por todo el mundo, y dejar de salir á pasearla. Fuime á Gradass, concertéle un

escudero de quien se acompañase, porque supiese andar las calles, y fuése adonde mas gustase, sin rodear ó perderse, ni andar preguntando; y en mas de quince dias no dobló el manto: que mañana y tarde siempre salia, y nunca se cansaba ni hartaba de ver tantas grandezas; porque aunque se habia hallado bien todo el tiempo que residió en Madrid, y le parecia que hacia la corte ventajas á todo el mundo con aquella majestad, grandezas de señores, trato gallardo, discrecion general y libertad sin segundo, hallaba en Sevilla un olor de ciudad, un otro no sé qué, otras grandezas, aunque no en calidad, por faltar allí reyes, tantos grandes y titulados, á lo menos en cantidad; porque habia grandísima suma de riquezas, y muy en menos estimadas, pues corria la plata en el trato de la gente como el cobre por otras partes, y con poca estimacion la dispensaban francamente.

A pocos dias llegó la cuaresma, y vió la semana santa de la manera que allí la celebran, las limosnas que se hacen, la cera que se gasta; quedó pasmada y como fuera de sí, no pareciéndole que aquello pudiera ser, y esceder mucho en las obras á lo que antes le habian dicho con palabras. Ya en este tiempo, y pocos dias después que á la ciudad llegué, con mucha solicitud por señas y rodeos vine á saber de mi madre, y se pudo decir haberlo hallado por el rastro de la sangre; pues tratando mi mujer con otras amigas damas y hermosas, preguntando por ella, vino á saber cómo asistia en compañía de una hermosa moza, de quien se sospechaba ser madre por el buen tratamiento que le hacia y respeto con que la trataba; mas verdaderamente no lo era, ni tuvo mas que á mí. Lo que acerca desto hubo solo fué que, como se viese sola, pobre y que ya entraba en edad, crió aquella muchacha para su servicio, y salióle acaso de provecho, y así se valian las dos como mejor podian. Yo cuando supe della hice mucha instancia para traerla conmigo por la mala gana con que dejaba su mozueta, tanto por haberla criado cuanto por no venir á manos de nuera, y siempre que se lo rogaba me respondia, que *dos tocas en un fuego nunca encienden lumbre á derechas*. Que no era tanto el dolor que con la soledad padecía uno solo, cuanto la pena que recibe quien tiene compañía contra su gusto; y pues *nunca nuera se llevó á derechas con la suegra*, que mejor pasaria mi mujer sola conmigo que con ella; mas el amor de hijo pudo tanto que la hice venir en mi deseo.

Era mi madre, deseábala regalar y darle algun descanso; que aunque siempre se me representaba con aquella hermosura y frescura de rostro, con que la dejé cuando della me fui, ya estaba tal, que con dificultad la conocieran. Halléla flaca, vieja, sin dientes, arrugada y muy otra en su parecer. Consideraba en ella lo que los años estragan; volvía los ojos á mi mujer, y decia: lo mismo será esta dentro de cuatro dias; y cuando alguna mujer escape de la fealdad que causa la vejez, á lo menos habrá de caer por fuerza en la de la muerte. De mí figuraba lo mismo; empero en estas y otras muchas y buenas consideraciones, que siempre me ocurrían, hacia como el que se detiene á beber en alguna venta, que luego suelta la taza y pasa su camino. Poco me duraban, túvelas en pié siempre, nunca les di asiento en que reposasen, por que las que habia en la posada estaban ocupadas en la sensualidad y apetito. A instancia mia se vinieron á juntar suegra y nuera; mi madre ya la conocistes, y si no de vista, por sus famosas obras, pudíraseles sujetar cualquiera otra de muy gallardo entendimiento, así por serlo el suyo, como por la doctrina con que fué criada, y sobre todo las esperiencias largas de sus largos años.

Dábale buenos consejos, que no admitiese mocitos de barro, que demás de infamar, decia dellos que son *como el agua de por San Juan, quitan el provecho, y ellos no le dan*. Acaban en sus casas de comer, no tienen que hacer, viénense á la nuestra, quieren que los entretengan en

buena conversacion, estánse allí toda la tarde *tres necios en plata y un majadero en menudos*, no con mas fundamento que ser del barrio. De pajes de palacio y estudiantes decia lo mismo: son como cuervos que huelen la carne de lejos, y de otra cosa no valen que para picarla y pasearla. Deciale que híciere cruces á su puerta para los casados, que de ningun otro modo podria resultarle algun otro daño; porque las mujeres con el celo hacen muchos desconciertos, y cuando mas no pueden, se van á un juez, y con cuatro lágrimas y dos pucheritos alborotan el pueblo y descomponen el crédito. Tan ajustada tenia la cuenta, y tales liciones le daba como aquella que del vientre de su madre nació enseñada. Sacábala siempre tras de sí, no dejando estacion por andar, fiesta por ver, ni calle por pasear.

Cuando venían á casa, unas veces volvían con amadísitos, otras con alanos, y dellos escogían los que mas á mi madre le parecían de provecho; que como tan baquiana en la tierra todo lo conocia, y como sabia todo lo tracendia. Decia de los caballeritos, que ni por lumbre; porque por el yo me lo valgo, mi alcorzado y copeite, mi lindeza lo merece, aun creían que les habian de convidar con ello y hacerles una reverencia. Harto hizo y trabajó por que no la conociesen los de la plaza de San Francisco, temiéndose de su trato; pues en comenzando los escribanos de la justicia, no paraban hasta el que asiste al cajon, á quien les parecia deberseles todo de derecho; empero no pudieron escaparse dellos; que por bien ó por mal, por fieros y amenazas, como absolutos y disolutos (digo, algunos) hacen mas tiranías que Totila ni Dionisio, como si no hubiese Dios para ellos. La flota no venia, la ciudad estaba muy apretada cerradas las bolsas, y nosotros abiertas las bocas muriendo de hambre, vendiendo y comiendo, y sobre todo pechando; iban mal, porque aun con esto á cada repelón destocaban la muchacha, por cada niñeria nos hacían mil fieros, no habia pícaro que no se nos atreviese, unos con mi señor don Fulano y otros con don Zutano.

Mi mujer andaba temerosa y muy cansada de tanta suegra; porque como conmigo estuvo siempre con tanta libertad, y se hallaba con ella sujeta, sin ser señora de su voluntad, si la una hablaba, la otra rezongaba; de cada pulga fabricaban un pueblo, levantábase tal tormenta, que por no volverme á ninguna de las partes, tomaba la capa en viendo los delínes encima del agua, salíame huyendo á la calle, y dejábala asidas de las tocas. Tanto se indignaba mi mujer que no volviese por ella, pareciéndole que *á tuerto ó á derecho ayude Dios á los nuestros*, que con razon ó sin ella me habia de poner contra mi madre; mas no era lícito. Fuéme cobrando del odio, aborreciéndome tanto, que hallándose con la ocasion de cierto capitán de galeras de Nápoles que allí estaba, trocó mi amor por el suyo, y recogiendo todo el dinero, joyas de oro y plata con que nos hallábamos entonces, alzó velas y fuése á Italia, sin que mas della supiese por entonces. Yo habia oído decir, que aquel era verdaderamente loco, que buscaba su mujer habiéndose ido, ó que al enemigo se le habia de *hacer la puente de plata* por donde huiese. Parecióme que solo me iria mejor que mal acompañado, que aunque sea verdad que todo lo consentia y dello comia, ya me cansaba, porque cada cual me acosaba. Ved la fuerza del uso, como siempre me crié sujeto á bajezas, y estuve acostumbrado á oír afrentas niño y mozo, también se me hacían fáciles de llevar cuando era hombre.

Mi mujer se fué, merced me hizo; porque fuera de la obligacion de consentirla, estaba libre del pecado cotidiano: yo no la eché, por su gusto se ausentó, seguirla era imposible, por el riesgo que corria si á Italia volviera. Recogime con mi madre, fuimos vendiendo para comer las alhajas que nos quedaron; mas como nos quedaron mas dias que alhajas, al cabo de pocos, nos dieron alcan-

ce; *San Juan y Corpus Christi* cayeron para mí en un dia; faltó que vender, dinero con que comprar; halléme roto sin que vestir, ni otro remedio con que lo pagar, sino con el antiguo mio. Salíame las noches por esas encrucijadas, y cuando á mi casa volvía, venia cubierto con dos ó tres capas, las que con menos alboroto y riesgo podia cautivar; á la mañana, ya entre los dos, amanecían hechas ropillas; dábamoslas á vender en Gradass, ó buscábamos modo como mejor salir dellas. No le contentó este trato á mi madre, por no haberlo jamás usado, y por no verse afrentada en su vejez: así acordó de volverse á su tienda con la mozueta que antes tenia, la cual así se alegró cuando la vió en su casa, como si por sus puertas entrara todo su remedio. Yo me acomodé con otros camaradas, para pasar la vida en cuanto se llegase á otro mejor tiempo: serviales de dar trazas, ayudábase con mi persona en las ocasiones, íbamos por las aldeas y pueblos comarcanos, nunca faltaban por los tras-corrales algunas coladas, que con las canastas mismas trasponíamos en los aires.

Teníamos en los arrabales y en Triana casas conocidas, adonde sin entrar en la ciudad hacíamos alto, y después poco á poco, lavado y enjuto, lo íbamos metiendo, ya por las puertas ó por cima de los muros, después de media noche, cuando la justicia estaba retirada. Para los vestidos de paño y seda que resgatábamos, teníamos roperos conocidos, á quien lo dábamos de buen precio, sin que perdiésemos blanca del costo; y una vez entregados, ya sabian bien que aquellos eran bienes castrenses, ganados en buena guerra, y que los habian de disfraczar, para que nunca fuesen conocidos ó su daño; que no teníamos mas obligacion que darles la mercadería enjuta y bien acondicionada, puesta las puertas adentro de sus casas, libre de aduanas y de todos derechos, y allá se lo hubiesen. La ropa blanca tenia buena salida, por la buena comodidad que se ofrecia las noches en el baratillo; ganábase de comer honrosamente, y de todo salíamos bien. Una temporada del invierno fueron las aguas tan continuas, que nadie salia de su casa, ni daban lugar á que se la visitásemos; andábamos estrechos de dinero, y como pasando por una calle viesse que se habia caído toda la delantera de una casa, pregunté cuya era; dijéronme ser de una señora viuda; fui á su casa, y dijele, que pues allí no habia morador, me diese licencia para entrar dentro, y se la guardaria. Ella, temerosa de que no se me cayese toda encima, me dijo, que mirase bien lo que hacia, porque se venia por el suelo; y respondíle, que no importaba, porque allí habia un aposento alto, seguro, en que poderme recoger; que los pobres no tenían que temer ni que perder, pues aun traen sobrada la vida. Dióme licencia de muy buena gana, y dentro de cuatro dias ya no le habia dejado por quitar puerta ni cerradura; otro dia me fui á la plaza de San Salvador, y hice pregonar, que quien quisiese comprar cuatro ó cinco mil tejas, que yo se las venderia. No se hallaba entonces una por ningun precio; vinieron á mi desalados tres ó cuatro albañiles, y á cuál primero las habia de comprar, no faltó sino acuchillarse. Concertélas á cinco maravedis, y llevándolos á mi casa, les enseñé los tejados, diciendo ser yo el mayordomo, y que mi ama queria hacer la casa de terrados. A vuelta de los míos también les señalé algunos de los vecinos paredaños, de donde las habian de quitar; diéronme seiscientos reales á buena cuenta de lo que montasen hasta cinco mil, y quedaron de venir por ellas otro dia.

Cuando tuve mi dinero cobrado, fuime á la señora de la casa, y dijele, que por qué consentia tan grande lástima, que su mayordomo habia vendido ya las puertas todas y las tejas de los tejados. Ella se alborotó, diciendo que no tenia mayordomo, ni sabia quién tal pudiese haber hecho. Yo entonces le dije: «pues para que vuestra merced vea quién lo hace, ya me han mandado salir della, y hoy

me mudo á otra parte, porque mañana por la mañana vendrán á quitar y á llevar las tejas; mande vuestra merced enviar ó ir allá, y verán lo que pasa.» Con esto me despedí della, y otro día, desde lejos, puesto á una esquina, me puse á ver el alboroto, que fué muy para ver: los unos á destejar, la buena señora por defender su hacienda; en resolución, dió querrela del albañil pobre, y no solo no quitó las tejas, empero le pagó las puertas. Con esto pasé algunos días, encerrado en casa con muy gentil brasero, hasta que ya no me buscaban, pasado aquel primero movimiento. Hacíase un día en San Agustín una fiesta, y como las tales lo eran para nosotros, acudí á ella, y sentile á un hidalgo bulto de dineros en la faltriquera debajo de la espada, y al pasar por un paso estrecho levantéla un poco, y metiendo la garra, dile tumbo en ella, sin que real se me escapase; mas la inquietud me impedía poder sacar la mano llena, que venia colmada, y fué forzoso caerseme mucha parte dellos en el suelo. Pues como estaba ladrillado el claustro, y hiciesen al caer mucho ruido, dejélos caer todos, y metiendo la mano en mi faltriquera, allí en un punto saqué della un lienzo, y dando voces á la gente que se desviase, porque por sacar aquel lienzo se me habia derramado aquel dinero, todos hicieron lugar; y el buen señor á quien se los habia robado, movido de caridad, oyendo mis lástimas, que decía irlos á pagar á un mercader, se bajó conmigo al suelo, y me los ayudó á recoger, sin que faltase blanca. Dile las gracias por ello, y fuime muy contento á mi casa.

De aquí le nació el pico al garbanzo: este hurtillo fué mi perdición, siendo el último que hice, y el que mas caro de todos me costó; porque aunque algunas veces me habian tenido preso por semejantes heridas, de todas habia salido á buen puerto; con dineros negociaba cuanto queria, y allí no se trata de otra cosa, sino de buscar de comer cada uno; mas esta vez no me valieron triunfos, que los habia renunciado. Como me vi con dineros, quise prevenir primero que se gastasen, de dónde valerme de otros; porque siempre que con mi habilidad podia socorrer la necesidad, no buscaba pesadumbres. Yo me hallaba con algunos bolsos de los que habia cortado, y algunas piecicillas que dentro dellos habia cogido; di á guardar uno, el mejor que me pareció, y metiéndole dentro seis escudos en tres doblones de oro, cincuenta reales en plata, un dedal de plata y cuatro sortijas, lo llevé á mi madre, y se lo enseñé muy de espacio, y aun se lo di por escrito que lo fuese decorando, sin que se le pudiese olvidar letra, por lo que importaba la buena memoria. Y bien instruida en lo que después habia de hacer, me fui á la celda de cierto famoso predicador, en opinion de un santo, y dije: «padre mio, soy un pobre forastero, vine á esta ciudad, y estoy en ella muy necesitado; deseo de acomodarme; si hallase alguna casa honrada donde tuviese una poca de quietud en el alma, que solo eso pretendo; y no repararia en el salario; porque con un honesto vestido y una limitada comida para poder pasar, no tengo ni quiero mas granjeria. Y aunque me veo tan afligido y róto, que por mal vestido no hallaré quien de mí se quiera servir, y pudiera muy bien valerme, socorriendo mi necesidad en esta ocasion, tengo por mejor padecerla, esperando en el Señor, que condenar mi alma, ofendiendo á su divina Majestad, en usurpar á nadie su hacienda. No permita el Señor, que bienes ajenos me saquen de trabajos corporales, dejándome dañada la conciencia. Yo salí esta mañana de mi casa para ir á buscar donde trabajar, con que comprar un pan que comer, y me hallé aquesta bolsa en medio de la calle; quise ver qué tenia dentro, y cuando sentí ser dineros, la volví á cerrar, con temor de mi flaqueza, no me obligase á hacer cosa ilícita. Vuestra paternidad la reciba; y pues el domingo ha de predicar, la publique. Podría ser, que pareciese su dueño y tener della mas necesidad que yo; ayúdele Dios con

ella, que no quiero mas bienes de aquellos con que su divina Majestad ha de ser mejor de mí servido.»

El fraile, cuando me oyó y vió tan heroica hazaña, creyó de mí ser algun santo; solo le faltó besarme la ropa, y con palabras del cielo me dijo: «hermano mio, dadle á Dios muchas gracias, que os ha dado claro entendimiento y ciencia de lo poco que valen los bienes de la tierra; confiad que quien os ha comunicado ese tal espíritu, también os dará lo que le cuesta menos, y tiene dada su palabra. El que á los gusanillos, á las mas desventuradas y tristes gusarapas y sabandijuelas no falta, también os acudirá con todo aquello de que os viere necesitado. Esta es obra sobrenatural y divina, que pone admiración á los hombres, y da motivo á los ángeles que le alaben, por haber criado tal hombre, don suyo es, reconocélo; y dadle por todo alabanzas, perseverando en la virtud. Yo haré lo que me pedis, y volvé por acá un día de la semana que viene, que yo confío en el Señor que os ha de hacer mucho bien y merced.» Cuando aquesto me decía, me daba lanzadas en el corazon, porque consideraba su mucha santidad y sencillez, con mi grande malicia y bellaquería; pues con tan mal medio lo quería hacer instrumento de mis hurtos, reventáronme las lágrimas, creyó el buen santo que por Dios las derramaba, y también como yo se puso tierno.

Esto se quedó así hasta el domingo, que fué día de Todos los Santos, y cuando fué á predicar, gastó la mayor parte de su sermón en mi negocio, encareciendo aquel acto, por haber sucedido en un sujeto de tanta necesidad; exagerólo tanto, que movió á compasión á cuantos se hallaron para hacerme bien. Así le acudieron con sus limosnas que me las diese. Luego lunes por la mañana mi madre acudió á la portería, preguntó por aquel padre, diciendo tener con él un caso importantísimo; y como la vió el portero tan angustiada, se lo llamó al momento; cuando se vió con él, asíóle de las manos y de los hábitos; echándose de rodillas por el suelo hasta querer besarle los pies, y dijole, que la bolsa era suya, que por un solo Dios se la diese: dióle las señas de todo, como quien bien las tenia estudiadas, y el fraile se la entregó, conociendo ser verdaderas. Cuando mi madre la vió en sus manos, abrióla, y sacando un doblon de los tres que dentro tenia, se lo dió al padre que me lo diese de hallazgo, y cuatro reales para dos misas á las ánimas de purgatorio, á quien dijo que la tenia encomendada. Cobró con esto su bolsa, y llevómela luego á la posada, sin faltar ni un alfiler de toda ella; que aun con cuidado le metí dentro un papelillo dellos, porque pareciese todo ser cosa de mujer. Después de pasado esto de allí á dos días, miércoles por la tarde, fui á visitar á mi fraile, que ya me tenia un cofre de vestidos, que pudiera bien romper diez años, y dinero que gastar por algunos días; diómelo con alegre rostro, y mandóme que volvíese otro día, que tenia una buena comodidad que darme.

Fuime, y volví cuando me habia dicho; y después de preguntarme si sabia escribir, y que le enteré de mi habilidad, me dijo, que cierta señora que tenia su marido en las Indias buscaba una persona tal, que le administrase su hacienda en la ciudad y en el campo; que si era cosa de mi gusto le avisase, para que tratase dello. Yo luego, después de darle las gracias, dije: «padre mio, lo que toca al trabajo de mi persona, la solicitud y fidelidad que se debe solo eso podré ofrecer; empero no soy desta tierra ni tengo quien me conozca: si esa señora me tiene de fiar su hacienda, querrá juntamente quien á mí fie, y no lo tengo; solo este inconveniente hallo; vea vuestra paternidad agora lo que fuere servido que haga.» El respondió que sería mi fiador, y por aquello no lo dejase; acetélo de buena voluntad, viendo ir por aquel camino mi negocio bien guiado: que no hay cosa tan fácil para enganar á un justo, como santidad fingida en un malo.

CAPITULO VII.

Después de haber entrado Guzmán de Alfarache á servir á una señora, la roba; prendenlo y condenanlo á las galeras por toda su vida.

Tanta es la fuerza de la costumbre, así en el rigor de los trabajos como en las mayores felicidades, que siendo en ellos importantísimo alivio para en algo facilitarlos, es en los bienes el mayor daño, porque hacen mas duro de sufrir el sentimiento dellos cuando faltan. Quitá y pone leyes, fortaleciendo las unas y rompiendo las otras; prohíbe y establece como poderoso príncipe, y consecutivamente á la parte que se acuesta; lleva tras de sí el edificio, tanto en el seguir los vicios cuanto en ejercitar virtudes. En tal manera, que si á la bondad se aplica, corre peligro de poderse perder fácilmente, y juntándose á lo malo, con grandísima dificultad se arranca. No hay fuerzas que la vanzan, y tiene poder sobre todo caso. Algunos la llamaron segunda naturaleza; empero por experiencia nos muestra que aun tiene mayor poder, pues la corrompe y destruye con grandísima facilidad. Si amargo apetece, con tal artificio lo conserva y endulza, que, como si tal no fuese, lo vuelve suave; y acompañada con la verdad, es el monarca mas poderoso, y su fortaleza inespugnable. ¿Quién sino ella hace al pobre pastor asistir en los desiertos campos, en la hondura de los valles, en las cumbres de los empinados montes y sierras, contra las inclemencias del riguroso invierno, sufriendo tempestades, continuas pluvias, vientos y aires, y en el verano riguroso sol que tuesta los árboles, abrasa las piedras y derrite los metales? Y siendo su fuerza tanta, que hace domesticarse las fieras mas fieras y ponzoñosas, refrenando sus furias y mitigando sus venenos, el tiempo la gasta, con él se labra y solo á él sujeta; porque para con él son sus telas de araña, hecha contra un elefante; que si ella es poderosa, él es prudente y sabio; y como el ingenio suele sobrepujar á todas humanas fuerzas, así el tiempo á la costumbre. Sigue la noche al día, la luz á las tinieblas, al cuerpo la sombra: tienen perpetua guerra el fuego con el aire, la tierra con el agua, y todos entre sí los elementos. El sol engendra el oro, da ser y vivifica; desta manera el tiempo sigue, persigue y fortalece á la costumbre. Hace y deshace, obrando sabiamente con silencio, segun y por el orden mismo que acostumbra ella con las continuas gotas cavar las duras piedras. Es la costumbre ajena, y el tiempo nuestro; él es quien le descubre la hilaza, manifestando su mayor secreto, haciendo con el fuego de la ocasion ensayo de sus artes. Con experiencia nos enseña los quilates de aquel oro, y el fin adonde siempre van sus pretensiones encaminadas, y quien conmigo no tuvo alguna misericordia, pues en breve hizo público lo que siempre con instancia procuré que fuese oculto.

Todo lo dicho se verificó bien de mí en propios términos y casos. ¡Oh cuántas veces, tratando de mis negocios, concertando mis mercaderías, dando mis logros, fabricando mis marañas por subir los precios, vendiendo con exceso mas al fiado que al contado, el rosario en la mano, el rostro igual, y con un en mi verdad en la boca (por donde nunca salía) robaba públicamente de vieja costumbre, y descubriólo el tiempo! ¿Quién y cuántas veces me oyeron y dije: «prometo á vuestra merced, que me tiene mas de costo, y no gano un real en toda la partida, y si la doy barata es porque tengo de dar unos dineros para el tiempo;» y daba otras causas, no habiéndolas para ello mas de querer ganar á ciento por ciento de su mano á la mía! ¿Cuántas veces también, cuando tuve prosperidad y trataba de mi acrecentamiento (por solo acreditarme, por sola vanagloria, no por Dios, que no me acordaba ni en otra cosa pensaba que solamente parecer bien al mundo y llevarlo tras de mí, que teniéndome por caritativo y limosnero viniesen á inferir que tendría conciencia, que miraba por mi alma, y hiciesen mas de mi confianza) hacia

juntar á mi puerta cada mañana una cáfila de pobres, y teniéndolos allí dos ó tres horas, porque fuesen bien vistos de los que pasasen, les daba después una flaca limosna, y con aquella nonada, que de mí recibían, ganaba reputación para después mejor alzarme con haciendas ajenas! ¿Cuántas veces de mi pan partí el medio (no quedando hambriento, sino muy harto), y con aquella sobra, como se habia de perder ó darlo á los perros, lo reparti en pedazos, y lo di á pobres; no donde sabia padecerse mas necesidad, sino donde creí que sería mi obra mas bien pregonada! ¡Y cuántas otras veces, teniendo sangriento el corazon y dañada la intencion, siendo naturalmente pusilánime, temeroso y flaco, perdonaba injurias, poniéndolas á cuenta de Dios en lo público, quedándome dañada la intencion de secreto, con secreto lo disimulé, y en público dije: «sea Dios loado,» siendo de mi verdaderamente ofendido, pues maldita otra cosa que impedía mi venganza, sino hallarme inhábil para ejecutarla, porque viva la tenia dentro del alma! ¿Cuán abstinentemente mostré otras veces, qué ayunador y reglado, no mas de por parecerlo, para poder guardar mas y gastar menos; que cuando de ajena sustancia comía, cuando de lo del prójimo gastaba, un lobo estaba en mi vientre, nunca pensaba verme harto! ¿Que continuamente visitaba los templos, asistía en las cárceles, por acreditarme con los ministros oficiales dellas, no por los presos; antes por si alguna vez me viesse preso, que ya me conociesen, y mas me respetasen! Si acudí á los hospitales, anduve romerías, frecuente devociones, royendo altares, no faltando á sermón de fama, en jubileo ni á devoción pública, todos aquellos pasos eran enderezados á cobrar buena fama para mejor quitar al otro la capa.

Pues, no se me olvida, que hartas y muchas veces me decían, y supe de algunas cosas muy secretas, que por serlo tanto, cuando después trataba dellas con sus dueños mismos, aconsejándolos ó corrigiéndolos en ellas, entendían de mí que debía saberlo por divina revelacion, y así lo daba yo á entender por indirectas, ganando con aquello grandísima reputación, en especial con mujeres y jitanas, que tras esto corren como el viento, fáciles en creer y ligeras en publicar, de cuyas bocas iban esparciéndose mas mis alabanzas. Hartas y muchas veces, cuando algun pobre se quiso valer de mí, como tenia tanta y tal reputación, pedía limosna públicamente para él á los que me conocían, y juntando mucho dinero, le daba muy poco, quedándome con ello; quitaba para mí la nata y dábales el suero. Si quieria hacer alguna muy grande bellaquería, lo primero que para ello procuraba, era prevenirme de una muy hermosa y grande capa de coro con que cubrirla, para mejor disimularla, con santidad, con sumision, con mortificación, con ejemplo, y asolaba por el pié cuanto queria. Si no, vedlo agora, con cuánta facilidad engañé á este santo; y no fué solo este daño el que hice, mas otro mayor se siguió, que fué dejarle fallida la opinion: á lo menos pudéralo quedar cuando tan bien zanjada no la tuviera, que instrumento habia yo sido, y causa tuve dada de harto perjuicio contra su buena reputación.

Asentóme con aquella señora, creyendo de mí que le sirviera con toda fidelidad, segun pudo presumirse de los actos que mostré de tanta perfeccion. Dióme mucho crédito con el abundante caudal del suyo; recibíome con voluntad en su servicio, fióme su hacienda y familia; dióme un muy honrado aposento, regalada cama y todo servicio; acaricióme, no como á criado, mas como á un deudo y persona de quien creía que le haria Dios por mí muchas mercedes. Pedíame muchas veces le rezase una Ave-Maria por la salud y buen suceso de su esposo. Respondíale á todo como un oráculo, con tanta mortificación que le hacia verter lágrimas. Con esto la engañé, la robé, y sobre todo la injurié, ofendiendo su casa; pues teniendo